

gas envuelto en nubes de tábanos y moscas. Pero eso no era el frente, no era más que la retaguardia de esa guerra, la primera en América Latina que usaba armamentos modernos por parte del Ejército boliviano, al que habían armado los dineros de la Standard Oil¹².

Esta guerra, como todas, fue absurda y cruel. Dos circunstancias provocan el conflicto que los políticos no supieron o no quisieron encauzar por la vía del diálogo: la aspiración boliviana a conseguir un puerto en el río Paraguay (dado que los acuerdos de 1929 entre Chile y Perú le cerraron el paso al Pacífico) y la falsa creencia sobre la riqueza petrolífera del subsuelo chaqueño. Bolivia desencadena el ataque, obedeciendo a intereses de la Standard Oil Co., e invade el Chaco en el que sólo encontrarán tuscales y carahuatas.

Tanto por la índole de la guerra en sí, como por el terreno en que se desarrolló, un terreno hostil, tremendamente duro para los combatientes, y sobre todo para la pobre gente que bajaba del altiplano a esta zona tórrida del Chaco, una región que parece tener un paisaje casi lunar de cráteres incendiados por el sol de hierro que marca el clima paraguayo. Fue una guerra muy, muy, dura en todos los sentidos¹³.

Pero el holocausto de 60.000 bolivianos y 30.000 paraguayos (versión paraguaya¹⁴; los bolivianos sostienen 50.000 y 40.000¹⁵ [cifras del historiador Roberto Querejazu Calvo], lo que arroja el mismo desgraciado saldo) sirvió de aldabonazo en las conciencias de los adormecidos escritores que practicaban una literatura de corte narcisista, embebida anacrónicamente en el decadentismo parisino, o, al decir de Rubén Bareiro, de «tarjeta postal». Al menos en una cultura retrasada y eminentemente de folletos este conflicto generó una importante literatura en ambos bandos¹⁶. El propio Roa en numerosas ocasiones abordó las causas de este retraso: la primera y principal es lingüística. En «Pasión y expresión de la literatura paraguaya» (1960) dice:

El drama de la cultura paraguaya en la lucha por su expresión es, pues, un drama de aislamiento; no sólo de aislamiento físico en el tiempo y en el espacio, determinado por su especial geografía mediterránea y por las ininterrumpidas encerronas políticas de gobiernos dictatoriales, sino también de aislamiento espiritual sellado por la influencia protectora pero al mismo tiempo restrictiva del idioma autóctono [guaraní]. De esta manera el Paraguay ha permanecido literariamente inédito para sus hermanos de América.

En un ensayo que tituló *Entre lo temporal y lo eterno. Notas sobre el sincretismo y la transculturización hispano-guaraní bajo la colonización religiosa. La cultura del guaraní en la escritura*, trató el problema del escritor paraguayo con su bilingüismo. Es

la lengua oral la que ha entrado en una escritura extraña. Incluso ahora sigue habiendo discusiones de tipo técnico para la grafía que no se ha resuelto, que se hubieran resuelto, quizá, si se hubieran tomado desde el ángulo de la fonética internacional. Pero se ha querido crear una grafía basada en los escritos de los cronistas coloniales, de los jesuitas en primer lugar, y eso ha traído un estado de no poder avanzar en esos estudios. En el último congreso que se ha hecho sobre la grafía guaraní, creo que en 1952, en Montevideo, las conclusiones fueron las que ahora se utilizan para el cambio, pero, por lo menos, fueron insuficientes porque hay que ver toda la cuestión como ahora la estudian los lingüistas. El fonema guaraní, por ejemplo, no es solamente un asunto alfabético o fonético, sino que es un conflicto fónico, en su sentido más complejo, que aún no está resuelto y que ya no se puede resolver porque el guaraní es una lengua que se está diluyendo, tanto para los indígenas como para el guaraní-paraguayo. Es tremendo para mí que siempre he estado impregnado del dramatismo cultural porque es la extinción de una cultura lo que estamos viviendo.

[...] En Paraguay no hay desgraciadamente el hábito de leer literatura de ficción. Hay un corpus de obras ya bastante grande, pero no hay una tradición literaria como en todos los demás países. Para mí, uno de los primeros problemas es el hecho de esa literatura tremenda que existe dentro de la cultura misma paraguaya, que es bilingüe, pero bilingüe desestructurada. No hay una comunicación como la que existe, por ejemplo, en la literatura catalana o en la de las diferentes regiones de España, ni una lite-

¹² Dasso Saldivar: art. cit., p. 12.

¹³ Joaquín Soler Serrano: «Augusto Roa Bastos». *Mis personajes favoritos de «A fondo»*, Suplemento de Tele/Radio [Madrid], n.º 30, p. 234.

¹⁴ Roa hace algunas matizaciones con respecto a motivos y cifras: «Yo creo que lo único legítimo que puede permitirse un escritor es insinuar puntos de sugerencia, alusiones que puedan intentar preocupar y que lleven a la gente a estudiar estos fenómenos. Un novelista no puede proponer ninguna solución. Puede, a lo sumo, apuntar problemas que siempre son de orden ontológico y existencial. Es un ejemplo lo de la guerra del Chaco [...] Hasta ahora, en Paraguay, es absolutamente tabú discutir, simplemente discutir, el motivo que desencadenó la guerra del Chaco. Ahí fuimos a defender la patria. Pero los bolivianos, de otra parte, iban también a defender la patria. ¿Quién tenía razón? Ahí hay una sola razón [...] Esta guerra del Chaco que mató a 80.000 bolivianos y a 50.000 paraguayos, con todo lo que eso implica de destrucción, de atraso para estos países pobrísimos, estuvo generada por los intereses del petróleo. Eso fue lo que armó a Bolivia, que contrataran a un mariscal alemán [Hans Kundt que lo que menos hizo fue traer tanques al desierto donde no podían funcionar [...] Incluso esos tanques eran tanques pequeños, que si encontraban un tronco no podían pasar [...] Pero fue la primera guerra internacional de América Latina con medios modernos [...] todo en forma pequeña, pero que esbozaba ya lo que sería la guerra de España» (Paco Tovar: «Acordar la palabra con el sentido del pensamiento. ¡Lo más difícil del mundo!», Premio, pp. 64-65).

¹⁵ Ver nota anterior.

¹⁶ La guerra del Chaco, sus consecuencias, es un tema insistente en la narrativa de Roa Bastos: «La excavación», «El regreso», «El kurugá», «La gran solución» y «El prisionero», de *El trueno entre las hojas*; «Misión», y «Ex-combatientes», de *Hijo de hombre*; «La rebelión», «Hermanos», y «Kurupí», de *El Baldío*.

ratura antigua que haya creado una tradición. En Paraguay, existe sólo una gran tradición popular oral. Estamos dentro de esa especie de magma entre dos lenguas que están dialectalizando mutuamente porque entran en fricción. No hay solamente una invasión de tipo lexical, hay batallas de significados [...] y las dos lenguas se van deteriorando vertiginosamente. El guaraní ya no es un guaraní indígena, que no conocieron ni los primeros mestizos del tiempo de la colonia. No lo conocieron porque con el imperio jesuitico vino la tercera lengua. Está ahí, no es dialecto, pero tampoco es lengua [...] Hay una serie de problemas que yo nunca conseguí que mis amigos historiadores de la cultura, sociólogos, lingüistas o antropólogos estudiaran. No son problemas del Paraguay solamente, son problemas que conciernen a América Latina porque es un enigma [...] Son problemas del bilingüismo¹⁷.

La lengua mestiza, el guaraní actual, lo que llamamos hoy el guaraní paraguayo, no es ya el guaraní indígena, pero tampoco es un dialecto del guaraní indígena. Es el medio de comunicación oral y como el amigo José Luis Roca lo acaba de decir muy bien, el medio de comunicación afectiva del pueblo paraguayo en su totalidad. Hay solamente un 5 por ciento de la población paraguaya que no conoce, que no habla por lo menos, el castellano o español. Ahora, evidentemente esta situación crea parámetros diferentes a los que se ven, se experimentan en otros países de América Latina. El caso del Paraguay en este terreno es también bastante atípico. Es decir, así como existe el guaraní paraguayo que usa la población mestiza del Paraguay, hay también un castellano paraguayo. Este fenómeno está denotando precisamente la interacción, la distorsión profunda de dos lenguas que se enfrentan, que no tienen comunicación posible y que se han contaminado recíprocamente de una manera progresiva, incluso con un ritmo cada vez mayor. De modo que esta contaminación entre las dos lenguas en contacto y en ficción prosigue y ha creado ese problema [...] de esta parla mixta del yopará¹⁸.

1935. El 24 de junio, a las doce del mediodía, se decreta el alto el fuego.

Saltamos las trincheras, y los que habíamos sido encarnizados adversarios hasta unos momentos antes nos abrazamos con efusión e intercambiamos cigarrillos y recuerdos; los paraguayos se pusieron a bailar sus polcas y nosotros les hicimos oír cuecas¹⁹.

Roa recupera su trabajo en la banca y comienza sus colaboraciones en *El País*. Asiste a clases de derecho y economía en la Universidad de Asunción.

1936. El 17 de febrero una revolución popular (de militares, profascistas, izquierdistas y centristas) encabezada por el coronel Rafael Franco depone a Ayala. Con este golpe se cambia la concepción liberal del Estado y se deroga la Constitución de 1870.

1937. El 13 de agosto un motín militar hace renunciar a Franco y asume la presidencia provisional Félix Paiva. Roa obtiene el Premio del Ateneo de Asunción con la novela *Fulgencio Miranda*. Ante la pregunta de un periodista que le entrevistaba para Televisión Española pro-

porciona alguna noticia sobre su novela que se daba como «publicada» en 1941:

Felizmente también se ha perdido. La presenté siendo un muchacho a un concurso del Ateneo de Asunción, y obtuvo el premio, pero no me pudo ni siquiera ser devuelto el original, porque se extravió²⁰.

1938. Acuerdo de paz definitivo con Bolivia.

1939. El 15 de agosto es elegido presidente, con el apoyo del partido liberal, el general José Félix Estigarribia.

1940. El 18 de febrero se aprueba una nueva Constitución, que disuelve las dos Cámaras. Roa viaja al norte del país con el fin de realizar un reportaje sobre la vida en los yerbales, que tanta presencia tendrán en su obra²¹. El poeta y narrador Rodrigo Díaz Pérez, vecino de Roa en el barrio asuncino de Villamora, lo recuerda:

lo veíamos salir (de la casa del Monseñor) cuando se dirigía, todas las mañanas, en su función de galeote en el Banco de Londres y América del Sur. Nos encontrábamos muy temprano, siempre cargado él con un libro bajo el brazo... Augusto tenía reputación de estudioso: su cultura sobrepasaba los límites, los contornos de la barriada. Sin embargo, con gran modestia unía su voz y su presencia a las de sus amigos. Recuerdo el tono de su voz: suave, apenas perceptible, un hilito a veces, que no obstante obligaba, por su contenido y densidad, a que se lo escuchase con

¹⁷ Paco Tovar: «Acordar la palabra...», Premio, pp. 66-67.

¹⁸ Semana de autor. Augusto Roa Bastos, *Instituto de Cooperación Iberoamericana*, Madrid, 1986, p. 97, y agrega: «El profesor Tovar, por ejemplo, no estuvo para nada de acuerdo con esto. Pero el hecho concreto es que esta parla del yopará (castellano guaranizado en sintaxis y prosodia) existe en el Paraguay. Existe en el Paraguay con respecto a esta mezcla que no es todavía, que no transcurre en los mecanismos habituales de la dialectización de una lengua, pero el hecho concreto es que existe un medio de comunicación muy difundido tanto en los centros urbanos como en el campo que emplean el yopará. Claro que este yopará por momentos, ante la defeción del idioma de base, del guaraní, se vuelve paródico, voluntariamente paródico, exagera los elementos paródicos y grotescos que tiene lo que podría ser afluencia lingüística del castellano o del guaraní y entonces se transforma en eso, en una especie de un patois un poco sui generis del Paraguay. Existe el yopará; ahora existen también estas características del guaraní como lengua de comunicación nacional y popular».

¹⁹ Jorge Siles Salinas: «Memorias de una guerra fratricida», ABC [Madrid], 25 ene. 1986, p. 55.

²⁰ Joaquín Soler Serrano: art. cit., p. 239.

²¹ «La presencia de Barret recorre como un trémolo mi obra narrativa, el repertorio central de sus temas y problemas, la inmersión en esa «realidad que delira» que forma el contexto de la sociedad paraguaya y sobre todo, una enseñanza fundamental: la instauración del mito y de las formas simbólicas como representación de la fuerza social; la función y asunción del mito como la forma más significativa de la realidad».